



Ester Rodríguez

Integrarse para ganar confianza

Crecí en un pueblo y siempre pensé que vivir en mi pueblo era “un rollo que te mueres”, no llegaba la música, ni la cultura, siempre eran las mismas caras, los mismos roles establecidos... tenía decidido no volver una vez acabase la universidad. Viví en varias ciudades y algún pueblo, poco a poco me di cuenta de que la ciudad no me lo podía ofrecer todo y que me estaba perdiendo conocimientos esenciales al alejarme de mi origen. Finalmente me reconcilé con mi pueblo y volví valorando muchas cosas que antes no había conseguido ver.

Cuando vives en un pueblo te gusta que vengan nuevos habitantes, con nuevos aires, nuevas caras, y esperas incluso que sean personas con las que compartir afinidades. Normalmente quieres mostrarles las cosas de las que te sientes orgullosa: las fiestas, las costumbres; preguntas por su vida y quieres que se sientan una más. A veces, quizás, somos un poco entrometidas. A veces “estas personas neorurales” vienen buscando la tranquilidad y el aislamiento de un pueblo, y pienso ¿qué aislamiento? si justo lo que no hay en un pueblo es aislamiento, nadie es anónimo, formas parte de una comunidad y eso es inevitable, a no ser que hagas esfuerzos por excluirte. Otras veces estas personas no quieren en realidad vivir en un pueblo, o en el pueblo que yo conozco, quieren vivir en su ideal de pueblo, forman guetos y no participan en las fiestas porque la verbena del pueblo con su orquesta les parece una horterada, cuando se trata de espacios de socialización donde se liman asperezas. En ocasiones también repiten hábitos que traen de la ciudad, ritmos

acelerados... A veces también se desprecian las formas habituales de hacer las cosas en los pueblos, pues pueden parecer anticuadas, en lugar de intentar entender el porqué del funcionamiento. Es habitual también que estas personas neorurales se reinventen actividades que ya están inventadas pero que no tienen nombre, como el trueque directo o indirecto.

Es frecuente, resumiendo, que no se den cuenta de que si vienen a vivir a un pueblo, vienen también a una comunidad y que la mayoría de las costumbres y hábitos tienen un sentido y que son necesarias para el fortalecimiento y la confianza de ésta. Por ejemplo lo que en ocasiones nos puede resultar un vulgar cotilleo, puede ayudar para que el vecino o vecina sepa quién eres, qué intenciones tienes, si necesitas ayuda, si puede confiar en ti, y llegará un momento en el que seguramente le puedas dejar algún día a tus hijos o pedirle sin problemas que te riegue las plantas en vacaciones, sin tener una amistad enorme ni eterna, simplemente porque hay confianza. Para ganarse la confianza hay que aprender a integrarse.

Nos gusta que venga gente nueva al pueblo, les atendemos con entusiasmo, queremos compartir y contagiarnos de su manera de hacer y de su experiencia. Pero deberá ser un aprendizaje y desde el respeto mutuo. Ya no vale la admiración por el/la urbanita “que todo lo sabe”, en estas relaciones todas las personas tenemos algo que aprender y compartir.

